

mor? ¿Era en él ardor extraño, triste, profundo, ese ardor que comunica al hombre la certidumbre de que otro ha poseído á la mujer que amamos? ¿Era en los dos la obscura sensación de lo trágico de la suerte, de la miseria de la vida, que se adhiere con misterioso, invencible lazo á las palpitaciones de la voluptuosidad?

Sencillamente porque se amaban, ¿era la impetuosa, la tiránica locura de amor, que exige, á pesar de todas las prohibiciones de la razón, de todas las separaciones del destino, de todos los orgullos y conveniencias sociales, que en un momento dado los brazos se enlacen, los labios se unan, las almas se junten á través de los sentidos?

Él la llevaba en sus brazos fuera del saloncito donde había conversado tan dolorosamente, y ella no se resistía...

Y cuando más tarde Julieta salió de aquel hotel, donde hubo entrado loca de angustia y de pena, habíase entregado ya al hombre á quien acababa de suplicar que renunciase á la venganza.

¡Julieta era la querida de Casal!

XI

La última vuelta del laberinto.

El célebre aferismo de los antiguos sobre la tristeza que invade al sér viviente después del

amor, no es sólo verdadero con verdad fisiológica y natural, es también de verdad social, si así puede decirse, por las penosas circunstancias que acompañan de ordinario al despertar de nuestro pensamiento perturbado por la pasión.

Es necesario volver á ser el hombre que está sujeto á una ocupación diaria, con intereses que seguir, con deberes que practicar; y la mujer de mundo sobre la cual pesan innumerables cuidados, una casa que gobernar, visitas que recibir y devolver, reputación que guardar, todos esos quehaceres humildes de la existencia diaria.

¡Feliz la mujer que, al entrar en su casa, no ofrece al beso de su esposo ó á las inocentes caricias de sus hijos un rostro abrasado todavía por la fiebre de placeres prohibidos!

Y si únicamente estas lamentables caídas del ideal en lo real se verificasen por una gradación lenta... Pero no: muchas veces basta un detalle insignificante y una sacudida de algunos segundos.

Tal fué el caso de Julieta que, acabando de olvidarlo todo en los brazos de Casal, tuvo que recordar súbitamente la dura verdad de su situación por el hecho más vulgar: dejó á la puerta el coche de punto, y el cochero, cansado de esperar, habíase apeado del pescante y paseábase cerca del carruaje, haciendo sonar en la acera las ferradas suelas de sus zapatos; y cuando reconoció á su parroquiana,

abrió la portezuela con rostro jovial, en el que la joven creyó leer la más insultante ironía.

Y ella, con voz ahogada por la emoción, dióle señas falsas, las de un comercio de perfumería situado en la calle del faubourg Saint-Honoré, aunque recordaba que su lacayo había alquilado, por orden suya, aquel *fiacre*.

¿Y si ese cochero socarrón se empeñaba en averiguar quién era ella? ¿Y si hablaba con sus domésticos y les refería su visita de dos horas en el hotel de la calle de Lisbonne?

A esta idea la púrpura de la confusión llenó su rostro, y todo su sér estremeciése con súbito escalofrío; por vez primera veía de frente el hecho irreparable que jamás hubiera creído posible. ¡Ella, la señora de Tillières, tenía un nuevo amante!

¿Y en qué circunstancias se había entregado á él? En vísperas de un duelo provocado por su causa entre las dos personas que ahora poseían sobre ella iguales derechos.

¡La vibración exaltada de sus nervios transformóse repentinamente en vergüenza y locura!

Ya el coche había parado frente al comercio de perfumería, y ella bajó sin atreverse á mirar al cochero al pagarle, ni se atrevió á entrar en el comercio, ni se atrevió siquiera á mirar á los transeuntes; parecía que su criminal aventura estaba escrita sobre su frente, en sus ojos, hasta en sus menores ademanes.

Anduvo algunos pasos, cual si fuera perseguida por un espía encargado de averiguar de dónde venía y adónde iba, y dejó atrás la calle Matignón, sin apercibirse del cambio hasta llegar á una de las anchas avenidas que se dirigen al Arco de Triunfo de la Estrella.

El crepúsculo obscurecía el espacio; los primeros mecheros de gas ardían con blanquecina llama. Julieta consultó su reloj, que marcaba ya las ocho y media.

—¡Dios mío!—pensó.—¡Mi madre que me espera hace más de una hora! ¡Qué inquieta estará! ¿Y qué la diré? Sí. ¿Qué la diré?

Ella, en nuevo relámpago de su estupor, figuróse á la anciana con sus ojos de sorda, tan agudos, tan finos, tan habituados á leer en el fondo de su corazón, gracias á la lucidez casi sobrenatural de su extrema ternura.

¿Cómo soportar aquella mirada? Y esta aprensión fué tan viva, que Julieta sentíase caer desvanecida, atacada por desaliento súbito, infinito, supremo; y tuvo que sentarse en un banco desierto, en un ángulo de la avenida.

Estaba en uno de esos momentos en que las almas como la suya, trastornadas por el desarreglo más cruel, conciben espantosas resoluciones de suicidio, y Julieta pensó en la muerte...

Había intentado llamar á un coche que pasaba, para hacerse llevar al puente más cercano.

Su imaginación la pintaba el agua verdosa del río, deslizándose en las sombras del crepúsculo, sereno y profundo; y por primera vez en su vida, ella, la mujer de energía, tan resuelta á vivir, tan habituada á dominarse, experimentó ese atractivo del reposo eterno que tal vez en aquel mismo sitio habría experimentado más de una desgraciada criatura, mendiga hambrienta, mujerzuela callejera, amante celosa ó desdenada.

Físicas ó morales, todas las angustias profundas atraviesan esta crisis de la tentación fúnebre; todas despiertan en el corazón un intenso apetito de la nada, y fustigadas por ciertos sufrimientos, iguales son la gran señora y la chicuela vagabunda.

Pero Julieta conservaba, á través de los desvaríos de su sensibilidad desordenada, una alta idea del deber, para zozobrar así, aisladamente, sin un recuerdo para aquellos á quien era necesaria.

Vióse, en tan rápida alucinación, muerta y transportada á su casa, y vió la desesperación de su madre.

—¡No la causaré ese dolor!—se dijo.

Y levantándose del banco en que estaba sentada, repetíase:

—¡Ah, mamá, querida mamá! Debe ignorarlo todo, todo... y yo tendré valor.

Y llamó al coche que pasaba, no para hacerse conducir á orillas del Sena, sino decidida á regresar á casa y con la resolución de mentir otra vez,

por lástima inmensa de una persona, una sola, entre las que amaba.

Las demás, Poyanne, Casal, Gabriela, ¡cuántos pesares habían proporcionado á su pobre corazón!

—¡Mentir otra vez!—se dijo.—¡Ah, Dios mío!

Pero había prodigado tanto las mentiras desde que vagaba por el laberinto de las complicaciones sentimentales... ¿Y qué significaba, además, ese remordimiento al lado del enorme peso que en lo sucesivo abrumaría su conciencia?

El esfuerzo que hizo para inventar una novela en el *facre* que la conducía, tuvo, por lo menos, este buen resultado: que ella, en tan corto espacio de tiempo, acabó de sacudir su exaltación nerviosa, la cual había tenido por primera forma la locura abandonada del amor, y, por último, el frenesí de la desesperación.

Mas no fué un gran bien semejante esfuerzo: la historia que imaginó para presentarse á su madre, sin despertar la suspicacia de la anciana señora, era muy sencilla, pero estaba muy de acuerdo con su tez lívida, ojos fatigados y quebranto visible de todo su sér.

—Me he sentido enferma en la calle—dijo—y como regresaba á pie para andar un poco, he sido conducida á una farmacia... No he querido que se os avisase para no inquietaros, querida mamá...

—¡Con tal de encontrar inmediatamente al médico!—respondió la madre muy asustada de ver á

su hija en semejante estado de laxitud para tener la menor desconfianza.—¡Pobre niña! Tu rostro está muy alterado... ¡Y aun pensabas en mí! ¡Cuán buena eres!

Y besóla tiernamente al decir estas palabras, sin sospechar siquiera que hacía daño á Julieta por aquel exceso de credulidad.

—Me siento mejor—respondió ella—y basta con que el doctor venga mañana si paso mala noche... Procuraré descansar.

—Sí, vete á descansar—dijo la madre—que yo me encargo de recibir á Gabriela, porque ha venido tres veces y volverá hacia las nueve... ¿Tienes algo que decirle?

—No, querida mamá; decidla que he venido algo enferma y no he podido esperarla... ¡No tengo fuerzas para nada!

Y no mentía en este último suspiro: era capaz, con su tensión de energía, de afrontar las miradas de su madre; pero Gabriela, que la hablaría de Casal, y Poyanne, sobre todo, que debía ir también hacia las nueve... ¡No, no podía verlos!

Mañana tal vez, en recobrando sus fuerzas, se encontraría dueña de sí misma; pero en aquel momento necesitaba soledad, aunque supiese que una noche de insomnio llenaría de vértigos su imaginación.

En las supremas crisis de los dramas íntimos el sér apasionado se asemeja á los soldados en la ba-

talla: no siente las heridas y no intenta evitarlas.

Julieta quería á todo precio ver claro en ella misma, porque la acción que acababa de ejecutar ¡había sido tan poco premeditada!...

En el abandono de su persona á Casal había algo tan absolutamente inesperado, que ella necesitó horas y horas para admitir y comprender la *realidad*, y sólo cuando estuvo recogida en su lecho, todas las luces apagadas y todos los rumores extinguidos, entregada á la plena posesión de su pensamiento, empezó á sondear esta idea: «¡Ella era la querida de Raimundo Casal!»

¿Era verdad? Aquellos mismos brazos que ahora se doblaban sobre su pecho, con mimoso ademán de niña enferma, le habían estrechado contra ella; los mismos labios que solían exhalar esta plegaria: «¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí!,» le habían devuelto los besos que recibían, y que aun la abrasaban, insinuando en lo más íntimo de su sér un ardor de pasión que hacía revivir su recuerdo.

¿Qué vértigo la precipitó en aquella falta? ¿Qué fuerza del destino la condujo hacia aquella casa, hacia aquella alcoba, hacia aquel minuto indeleble en que se sintió débil para resistir al mismo hombre á quien acaba de suplicar?

Las diversas escenas de la tarde desfilaron también por delante de su espíritu; su paseo por el jardín, la llegada de Gabriela, la conversación con Enrique, la carrera en un coche de plaza, su reso-

lución súbita de ir á la calle de Lisbonne; y la asombrosa rapidez con que se hubo realizado su caída la llenaba de vergüenza, y se decía en alta voz, con una desesperación mezclada de estupor:

—¡Cuánto me desprecio! ¡Cuánto me desprecio!...

Pero despreciarse, atormentarse con los remordimientos, derramar lágrimas de agonía, lágrimas con que se llora á la manera de los moribundos... todo ello es expiar, no borrar lo pasado.

El hecho estaba consumado, y con él vendrían sus inmediatas consecuencias; ella iba á encontrarse en presencia de Poyanne, y ¿qué haría? La nobleza de su corazón la ordenaba decirse todo, confesarle su desvarío, aunque tuviera que sufrir, como castigo demasiado merecido, el ultraje de un abandono sin piedad.

Y se representó entonces los detalles de confesión tan terrible, el semblante martirizado de Enrique, su mirada mientras ella refería el suceso, y se daba cuenta exacta, con un espanto indescribible, de que la traición hecha á un amante tan noble no había matado en ella su sensibilidad morbosa á la vista del dolor de aquel hombre.

Y la idea de que tal confesión desgarraría cruelmente el alma de Enrique la hizo echarse hacia atrás, rechazándola, y decirse:

—¡No, no se lo confesaré jamás!

¿No podía romper sin esa confesión? Porque era necesario romper: continuar siendo la querida de

Poyanne habiendo sido de Casal, constituía un grado de rebajamiento al que ella no descendería. ¡Jamás tendría á la vez dos amantes!

¡Ay! ¿Pero no los tenía ya? ¿No había cedido al segundo antes de separarse del primero? ¿No tenían derecho, uno y otro, de decirse en el mismo instante: «Yo soy el amante de la señora de Tilières?»

A fin de lavarse, ante su propia conciencia, de la mancha que ese pensamiento dejaba en ella, repetíase:

—¡Es que me enloqueció la historia del duelo! ¡Perdí la cabeza!... Sin el peligro de ese desafío, jamás habría vuelto á ver á Casal, ¡jamás, jamás!... A lo sumo les habría impedido batirse...

Y de repente este nuevo pánico pasó por su corazón para acabar de anonadarla.

Había razonado, desde la promesa de Casal, como si la carta de excusas hubiese sido aceptada por Poyanne.

¿Pero en verdad la aceptaría Enrique? Seguramente la habría aceptado si ella le hubiese visto á las nueve, como estaba convenido, y hablado y envuelto en su influencia; mas retrocedió ante la entrevista, y la traición daba ya sus frutos; si el duelo se había efectuado ella era doblemente responsable.

Y se había efectuado: como sucede en los momentos de peligro, la previsión de lo peor se im-

puso de repente á su imaginación torturada, y volvió á sufrir las angustias de la tarde anterior, exasperadas por el aumento de zozobra que la daba la idea de aquel encuentro á mano armada entre sus dos amantes; y continuó palpitando por los dos, cada vez con más violencia, su martirizado corazón.

Pensando en uno, sentíase invadida por la fiebre de voluptuosidad que experimentó en sus brazos, mientras que el otro, á quien había hecho traición, se imponía á su alma con fuerza vivísima, y ella misma le defendía del ultraje, y su piedad acrecentaba sus remordimientos.

¡Ah! ¡Qué aborrecible, qué cruel dualismo de alma!

Sus propios esfuerzos habían producido este monstruoso resultado: ahora Casal poseía sobre ella los mismos derechos que Poyanne.

Y ella se repetía:

—¡Eso no es verdad! No se tiene dos amantes; no se tiene dos amores... O se ama á uno ó se ama á otro...

Era muy hermoso repetir esta fórmula de conciencia y agarrarse á ella en espíritu con la rabi-sa energía de quien se siente arrebatado por una tentación culpable á la que no quiere abandonarse y Julieta encontraba siempre en sí misma este juego contradictorio de dos sentimientos que se exaltan en vez de destruirse, y siempre también la visión del trágico peligro que corrían sus dos amigos.

Por la mañana, al salir de su febril sueño, ese sueño que termina en semejantes noches con una pesadilla, vió un relámpago de esperanza: alguien había ido en la noche anterior á su casa para llevar una carta destinada á ella, y con súplica de que se la entregaran al momento.

Julieta reconoció la letra de Casal, y, temblorosa, rompió el sobre.

He aquí el contenido de dicha carta:

«*Martes, noche.*»

»He cumplido mi palabra, mi encantadora amiga, y acabo de escribir á M. de P... Esta carta, que tanto me ha costado, os probará cuánto deseo agradaros, y este billete os llevará todo mi reconocimiento, y os preguntará si deploráis ahora lo que habéis hecho por mí... Si, como espero, el asunto se arregla, iré á vuestra casa á las dos, á decíroslo todo yo mismo; y si estuviere seguro de que erais aun la que habéis sido hoy, os pediría que volviérais á la calle de Lisbonne para escuchar esas cosas y otras aun... Pero comprendo que esto no sería prudente. Puede esperar ya que volveréis pronto, si no aquí, á otro nido más oculto, donde os repita cuanto os ama,

RAIMUNDO.»

(*Copia.*)

«Caballero:

»En víspera de un desafío como el que ha de

efectuarse mañana, el paso que me aventuro á dar cerca de vos correría el riesgo de ser interpretado muy singularmente si yo no hubiese dado pruebas de valor, como vos las habéis dado, y si yo no añadiera que sois muy dueño, á voluntad, de no tener en cuenta para nada este billete. Si os conviene no recibirle, pensad en que no le he escrito, y nada más; pero yo habré aliviado de un remordimiento á mi conciencia.

»Hombres de vuestro talento y de vuestro carácter son hoy raros en nuestro país, y su vida es demasiado preciosa para que yo experimente la menor vergüenza en manifestaros que deploro el movimiento de vivacidad á que cedí la otra noche en el teatro Francés.

»Os repito, caballero, que obedezco, al escribir, á un escrúpulo de conciencia, y que, si no juzgáis esta satisfacción bastante, quedo á disposición de vos, como ha sido concertado.

»Sea cual fuere lo que decidáis, veréis en esto la prueba de mi particular estimación.

CASAL.»

*
* *

—¡Enrique no puede rehusar excusas así presentadas!—se dijo la joven cuando hubo leído y vuelto á leer las dos cartas unidas en la misma hoja de papel... y esta unión la hizo experimentar,

por vez primera desde que conocía á Casal, la impresión de algo brutal, algo poco delicado.

¡Habría querido que no se mezclasen de manera tan natural la expresión de sus sentimientos y el recuerdo de su rival!

Esto sólo era un detalle, un matiz del suceso; pero las mujeres que sienten esos detalles, los sienten siempre, y aquel encontró en Julieta el medio de hacerla sufrir por tal unión, así como por la petición de nuevas citas que expresaban las últimas frases de la carta de Raimundo.

Y es que ella adivinaba allí, bajo el aparente respeto de las fórmulas, el derecho de aquel hombre sobre ella misma, la mano que la aplicaba sobre la voluntad; hablábala como á una querida con quien no se tiene aun familiaridad, pero con cuya complacencia se cuenta en absoluto.

¿Quería Julieta que Casal considerase como sencilla aventura el dón que le había hecho de su persona? ¿No demostraba aquel billete, por lo menos, que él creía estar ya unido con ella por un vínculo? ¿Por qué semejante idea, en vez de parecerla una prueba de sinceridad, la producía repentino escalofrío?

Por otra parte, ¿no tenía suficiente prueba de la sumisión de aquel hombre á sus deseos en la copia de la carta dirigida á Poyanne, que debió, como el decía, de costarle tanto?

Y entonces repasó uno por uno los términos en

que estaban redactadas las excusas, y se vió precisada á demostrarse la imperativa delicadeza de ellas.

—¡Salvados!—exclamó.—¡Salvados! ¿Qué importa si yo me he perdido?

Esta esperanza, sin embargo, se obscurecía con un resto de inquietud dolorosa, porque la señora de Tillières no pudo reprimirse hasta enviar á su lacayo á la morada de Poyanne, hacia las diez, con un pretexto cualquiera; quería saber de seguro si el conde no había salido.

Mas cuando supo que, por el contrario, había salido muy de mañana, y sin decir cuándo regresaría, su esperanza se hundió repentinamente y su inquietud fué en aumento de minuto en minuto.

En vano se repetía:

—¡Estoy local! Aunque el asunto se arregle, es menester que él vea á sus testigos.

Mas esta reflexión no llegó á calmar el exceso de su ansiedad.

—¿Qué hacer ahora?—se decía.—¿Enviar al hotel de Casal?

Pensó largamente en esto, y aun comenzó no pocos borradores de cartas; pero no se atrevió á ejecutarlo.

Disponíase, desesperando de todo, á escribir á Gabriela de Candale, cuando la puerta se abrió para dar entrada á ésta.

¡Ahl! El trastornado semblante de tan fiel amiga no dejaba dudas á Julieta!

—¿Se baten?—gritó.

—¡Ya te encuentrol—contestó la condesa, sin responder directamente á la pregunta.—Y también comprendo que pasarías la tarde procurando convencer á Poyanne... y adiviné que no conseguiste nada al saber el estado en que volviste... ¡Se baten, sí, se baten! ¡Estoy segura de ello!... Anoche vi sobre la mesa de Luis la caja de pistolas que le enviaron sellada de casa de Gastinne... y esta mañana, cuando él salió á las ocho, la caja no estaba allí ya... Después he sabido por el portero que dió al cochero las señas del hotel de Casal, y he esperado su regreso toda la mañana, con la esperanza de saber lo ocurrido... y viendo que no llegaba á las once, no he podido estar más tiempo sin adquirir noticias. ¿Qué sabes tú? ¡Habla! ¿Qué sabes?

—Sé que Raimundo ha insultado á Enrique—dijo la señora de Tillières—y ahí está el origen del asunto. ¡Dios mío! ¡Decir que á esta hora uno de los dos tal vez espira por culpa mía!... Corramos, Gabriela; ven conmigo... ¡Si fuese tiempo aún!... Si tu portero ha dicho dónde ha ido el carruaje de Luis, nosotras haremos hablar al de Casal ó al de lord Herbert...

—¡Eso es insensato!—respondió la señora de Candale.—Primero, porque llegaríamos demasiado tarde, si llegáramos; y además, yo no consentiría que te deshonrases con tal empresa, la cual sólo serviría para perderte... ¡Nosotras, Julieta, nos de-

bemos á nuestro nombre!... Vamos, Julieta mía, sé más altiva y más fuerte.

—¡Ah! ¿Se trata de mi nombre y de mi altivez?—gritó con voz salvaje la señora de Tillières.—¡Se trata de que no quiero que mueran! ¿Entiendes? ¡No lo quiero!

—¡Calla!—dijo de pronto la condesa.—Abren la puerta...

El lacayo, en efecto, entraba.

La frase que pronunció, aunque muy sencilla, revestía en aquel momento una significación tan terrible para las dos mujeres, que éstas se miraron con asombro.

—El señor de Poyanne—dijo el lacayo—pregunta si la señora marquesa puede recibirle.

—Que pase—dijo Julieta.

Y continuó dirigiéndose á Gabriela:

—Vete á mi dormitorio! ¡Tal vez tendré necesidad de tí! ¡Pronto!... ¡Ah! ¡Cómo tiemblo!

Apenas lograron tenerse de pie.

Si el encuentro se había efectuado, Poyanne salió de él sano y salvo; pero ¿y el otro?

¡Sí, hubo desafío! Ella lo adivinó al instante en la primera mirada que dirigió al conde, el cual estaba allí delante muy pálido y vestido con la levita negra de los duelistas.

Ella se lanzó hacia el conde, sin cuidarse de lo que pensaría por recibirlo de aquel modo.

—¡Decid!—exclamó con voz apenas perceptible.

—¡Y bien!—respondió él sencillamente.—Nos hemos batido... y aquí estoy.

Y en seguida añadió más bajo:

—¡Pero tengo mano desgraciada!

Julieta le miraba con unos ojos que destellaban relámpagos de locura.

—¿Está herido?—preguntó.—¿Está...?

Y no se atrevió á concluir; el conde había bajado la cabeza como para contestar á la pregunta formulada por ella:

—¡Sí!

Julieta exhaló un grito y sus labios se movieron para balbucear con espanto:

—¡Muerto! ¡Está muerto!

Y dejóse caer en una silla, anonadada, tapándose el rostro con las manos, y sollozos convulsivos la acometieron súbitamente.

Poyanne la miró sollozar de tan lastimero modo, y expresión de íntima tristeza contrajo su semblante.

Acercóse á ella, tocóle en el hombro con la mano y la dijo:

—¿Negaréis aún que le amáis?

Y lo dijo con el acento que la señora de Tillières no había podido sufrir jamás, con el acento de las grandes tristezas del alma; ¿pero sabía ella en aquel momento ni siquiera que Poyanne estuviese allí?

—No lloréis más, Julieta—prosiguió él—y perdonadme esta prueba que yo necesitaba para estar

bien seguro de vuestros verdaderos sentimientos; no, no ha muerto; está ligeramente herido de bala en el brazo, y en estos momentos el médico le extraerá el proyectil... ¡Vivirá!... ¿Qué me importa, sin embargo, que viva ó muera?... Vivo ó muerto, vos le amáis y no me amáis... He querido saberlo y saber también la profundidad de ese amor, y por eso os he mentido, la primera y la última vez en mi vida. ¡Ah! ¡Cuán duramente he sido castigado! Duramente, sí, porque os he visto llorar así... Pero esto es menos amargo que la duda horrible de los días pasados... ¡No me respondáis, y no os acuso porque tal vez ni vos misma sabíais cuánto le amábais!... Ahora ya lo sabéis, y yo también.

Reinó el silencio entre los dos amantes.

El primer sobresalto de desesperación que acometió á Julieta cuando ella creyó muerto á Casal trocóse en una especie de estupor, á medida que Poyanne hablaba, tranquilizándola sobre el éxito del duelo; por primera vez, después de meses y meses, la situación entre ellos era franca, definida, y la joven quedaba ya convencida de su amor á Casal, que se obstinaba en negar absolutamente.

Mas aunque no hubiese dado esa prueba contra ella misma, anonadándose de dolor á las primeras palabras del conde, no habría encontrado fuerzas para mentir. ¡Tan pobre era ya su energía! ¡Tan cansada estaba por su dolorosa ambigüedad de corazón!

Y permaneció sentada, bajando los ojos, con las manos juntas, como un culpable que aguarda su sentencia.

Y después de algunos minutos la señora de Tilières rompió el silencio diciendo con voz suplicante:

—Es verdad que lucho hace largos días contra una turbación que no puedo vencer, y es verdad que tenéis el derecho de condenarme, porque he procurado ocultaros esa lucha y esa turbación... Pero también es verdad—añadió exaltándose—es verdad, ¿entendéis?, que vos no habéis dejado de ser querido por mí, tan querido que no podía soportar un instante vuestros sufrimientos sin experimentar un deseo irresistible de consolaros, de curaros... Jamás he comprendido la dicha para mí separada de la dicha vuestra; jamás os he mentido diciéndoos que tenía necesidad de vuestra ternura, como se tiene necesidad de aire... Llamad como queráis á este sentimiento que me unía á vos, que me hizo imposible aceptar la ruptura cuando vos mismo me la ofrecisteis... Pero sabed que ese sentimiento existía, que era sincero, y que yo le obedecía sin cálculo. ¡Comprendedlo así, Enrique, y no creáis que yo representaba una comedia!

—No—respondió Poyanne interrumpiéndola.— ¡Creo que habéis tenido piedad de mi sufrimiento! Pues bien, miradme; vivo, y viviré... No estoy aún en la edad en que se renuncia á la dicha, pero

también á mi edad se tiene hambre y sed de lo verdadero, y lo verdadero es, Julieta, que no me amáis, y que amáis á otro... Si he querido tener una prueba decisiva, irrefutable, sólo ha sido para tener el derecho de deciros sin amargura: «¡Sois libre! ¡Haced de vuestra libertad el uso que os agrade!...» Todo, ¿entendéis?, todo es preferible á la debilidad moral que os impide hace mucho tiempo mirar valerosamente á vuestro corazón; todo es preferible á esa piedad que hace tanto daño, á esas fluctuaciones entre sentimientos contrarios que os han conducido... ¿á qué?... á hacerme mortal afrenta á mí, Julieta, cuya ternura conocéis y respetáis...

—¿Mortal afrenta?—repitió ella.

¿Luego él sospechaba su intimidad con Casal?

É insistió temblorosa.

—¿Mortal afrenta?... Explicaos...

—Leed esta carta—dijo el conde presentándola una, en la que reconoció la letra de Raimundo y el billete que ya conocía ella.—Leed esta carta y respondedme: yo puedo oírlo todo, y vos debéis decírmelo todo. ¿Habéis pedido, sí ó no, á ese hombre que me escriba estas excusas? Porque él, por sí mismo, jamás lo hubiera hecho.

—Sí, lo he pedido yo—contestó ella haciendo un esfuerzo... Perdonadme, Enrique, estaba loca; vos me habíais rechazado duramente, y yo no tenía otra esperanza de impedir el duelo.

—¿Y no habéis reflexionado que si yo aceptaba esas excusas aquel hombre creería que yo tenía miedo, y que yo mismo os impulsaba á pedir las?

—No, Enrique; os afirmo que no lo he pensado así ni un momento... Él sabe que sois valiente, y además le ha bastado mirarme para comprender que yo no tenía mi razón clara, que era presa de una fiebre de desesperación.

—¡Ah!—replicó el conde.—¿Luego os ha visto ayer?

—Sí—contestó ella haciendo otro esfuerzo.

—¿Aquí?—preguntó Poyanne, á quien hizo daño formular tal pregunta.

—No—respondió Julieta, y ya con la resolución de una mujer que renuncia á todas las hipocresías y prefiere perderse á continuar engañando.

—¿En su casa?

—Sí, en su casa.

Miráronse los dos: ella estaba pálida, como si fuese á morir, y pudo ver pasar por el semblante de aquel hombre tal expresión de martirio, que sintió de nuevo el instintivo movimiento de piedad apasionada que tantas veces había paralizado en ella el arranque de la franqueza.

Comprendió en seguida que el único rescate posible de su desvarío estaba en una confesión entera, absoluta, que la permitiría estimarse de nuevo por la expiación; mas no... ¡era sufrir demasiado!

Y suplicante le dijo:

—No me juzguéis por apariencias.

—¡Julietta!— dijo Poyanne tomándola una mano y con una voz tan áspera como no se la había oído jamás.—¡Julietta! Júrame que eso no es verdad, que nada ha pasado entre aquel hombre y tú, nada que no puedas decirme... Porque tú puedes sacrificarme á tu dicha, entregarte á él si le amas; pero no así, no con tal idea, ó en víspera del duelo...! ¡No, eso no es posible! ¡Júramelo! ¡Jural

—Os lo juro... Nada ha pasado entre nosotros...—respondió Julieta, con voz quebrantada.

El conde se pasó una mano por los ojos, como para quitarse una visión de horror, y en seguida, con voz dulce y triste, prosiguió:

—¡He ahí lo que pueden hacer los celos en un corazón que vale más, mucho más. ¡Perdonadme esa humillante sospecha! ¡Será la última!... Ya no tengo el derecho de hablaros así, ni creo que le he tenido nunca, porque las razones que os han impulsado algunas veces á engañarme eran nobles y no autorizaban aquella injuria. ¡He estado loco unos minutos! ¡Olvidadlos! Prométoos que sabré ser amigo vuestro, sólo amigo; pero ahora estoy muy turbado... Mañana vendré á las dos, y hablaremos ya tranquilos. ¡Adiós!

—¡Adiós!—contestó ella casi sin mirarle.

Todo la agobiaba: la mentira que acababa de decir; el sentimiento de su criminal traición á un

hombre tan noble, aun con sus celos, que se reprochaba como una falta la más legítima de las sospechas; la impresión que aquella escena marcaba en la etapa de una ruptura definitiva entre ellos; las emociones vivísimas y sucesivas que habían agitado tan profundamente su alma.

Ella se dejó tomar una mano que el conde sintió húmeda é inerte, y la expresión de martirio que poco antes había pasado por su rostro reapareció en seguida, más dolorosa, más tierna.

¡Dios mío! Julieta vió en sus ojos esa tristeza infinita y sin quejas que se despierta en nosotros en las horas de los sacrificios supremos, cuando nos ofrecemos en holocausto á lo que amamos.

Y oyó apenas la voz ahogada con que él repitió, antes de desaparecer:

—¡Adiós!

*
* *

Un cuarto de hora más tarde, cuando la señora de Candale, inquieta por no haber sido llamada, se aventuró á abrir la puerta, encontró á su amiga inmóvil, con el codo apoyado en la chimenea.

Julieta se había levantado para llamar á Poyanne, y después se dijo: «¿Para qué?» y permaneció allí, sin saber cuánto tiempo, sin acordarse de que Gabriela esperaba, ni de nada, sino solamente de que estaba vencida, destrozada, aniquilada para toda su vida.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?—preguntó la condesa, engañada por aquella actitud.

—No—respondió Julieta—el duelo se ha efectuado, y Casal ha recibido una herida insignificante... Dentro de pocos días estará bien...

—Ya ves cómo todo se arregla mejor que podíamos esperarlo... Y entonces, ¿por qué estás tan triste? ¿Qué te ha dicho Poyanne?

—¡No me lo preguntes!—respondió casi con violencia la señora de Tillières.—¡Déjame! ¡Tú eres quien me ha perdido! Si no me hubieses hecho conocer á ese hombre, si no me hubieses hablado de él como has tenido por conveniente hablarme, ¿habría ocurrido nada de esto?

Y en seguida, viendo lágrimas en los ojos de la condesa, arrojóse en sus brazos, acabando de mostrar, por aquella incoherente locura, el desorden moral que en aquel momento hacía oscilar su triste corazón de una á otra extremidad de sentimientos.

En vano Gabriela intentó calmarla á fuerza de tiernas caricias, sin llegar á saber la verdadera causa de aquel estado: era necesario que la conversación con Poyanne la hubiese removido en todo lo más profundo de su alma; y así fué que distraídamente respondió á su amiga, quien la decía:

—Enviaré inmediatamente á saber noticias de Casal, y te las diré en seguida.

Y Julieta, cuando quedó sola, abandonóse de

nuevo al desenvolvimiento de sus ideas, y ya no volvió á presentarse en su espíritu la imagen de Casal: lo que ella veía era á Poyanne pidiéndola que jurase que no tenía nada de qué acusarse; lo que ella oía era la voz de ese hombre, que la decía: «¡Adiós!» Lo que ella experimentaba era la necesidad de volver á verle, hablarle, explicarle todo.

¿Para qué mentir todavía? ¿Para qué demostrarle el nuevo matiz de su monstruosa duplicidad íntima? ¡No! ¡Todas las palabras habían sido pronunciadas! ¡Todos los velos del misterio estaban desgarrados!

¿Y ahora, cuando él tenía el valor de articular palabras de ruptura que ella vaciló en pronunciar, días sobre días, habría de desear, presa de aberración infame, volver á empezar sus ambigüedades culpables, sus dolorosos equívocos?

¿Qué más anhelaba de aquel amante? ¿Por qué misterio del corazón, cuando se había entregado á otro, cuando su vida podía simplificarse en actos, sentía ahora aquella vuelta insensata hacia lo que no era, desde unos meses antes, sino cadena de dolor para ella?

Estas reflexiones se atropellaron sin cesar en su mente durante la tarde y la noche, sin que pudiera fijar su pensamiento en una sola, hasta que se acercaba el instante de la llegada de Poyanne.

La una... la una y media... las dos...